

autoridades locales y la gendarmería no hubieran bastado para desempeñarlas, y algunos días de intervalo entre cada una de ellas no estaban de más. Por otra parte, los soldados que disfrutaban de licencia semestral, y los antiguos militares que habían desertado, se hallaban más ó menos acostumbrados al manejo de las armas, y con tal que fuesen vestidos y armados al día de su llegada, podían figurar sin pérdida de tiempo en los batallones destinados á la guerra.

Proponiéndose, como se proponía, Napoleón reorganizar la guardia imperial, hizo venir á París los cuadros de que constaba, y á fin de proporcionar á los antiguos militares un nuevo motivo para volver á entrar en el servicio, decidió que todos los hombres aptos que solicitasen ingresar en la guardia fueran admitidos en los doce regimientos de la joven guardia que iba á crearse. Entre los aspirantes podían reunirse de doce á quince mil.

No queriendo sacrificar un solo cuerpo de tropas á desempeñar empleos accesorios, Napoleón ordenó que fuesen á Córcega los navíos disponibles en Tolón, á fin de conducir á París tres regimientos de infantería que se hallaban en aquella isla. Sabiendo los miramientos con que los ingleses continuaban tratando al pabellón blanco, le dejó ondear en los navíos de la marina del Estado, haciendo al mismo tiempo que las tripulaciones llevasen la escarapela tricolor. Gracias á esta medida estratégica podía recuperar, con los tres regimientos indicados, los elementos de una buena división para el 7.º cuerpo, que todavía no había pasado de ser un proyecto por falta de recursos.

Después de atender del modo que indicamos á la infantería, se ocupó de la caballería, que no podía menos de volver á ser una caballería magnífica con la condición de tener caballos. En efecto, los principales recursos del alistamiento consistían en hombres que ya habían servido, y por esta razón había posibilidad de no admitir en la caballería más que á los ya formados, lo que era de mayor importancia para esta arma que para la de infantería. Los ciento ochenta mil hombres que constituían el efectivo en 1.º de marzo comprendían sobre poco más ó menos veinte mil jinetes. Napoleón resolvió elevar su número á cuarenta y un mil hombres, y á cincuenta mil en cuanto le fuese posible. La administración real había contratado cuarenta mil caballos, y ordenó inmediatamente la ejecución de este contrato, restableciendo en seguida el gran depósito de Versalles, que bajo la dirección del general Bourcier le había sido tan útil en 1814. Prescribió á este general que sin demora se trasladase á Versalles, se apoderase de todos los locales que había tenido ocupados un año antes, y que reuniese en ellos equipos y caballos. Para pagar al contado los caballos que le vendiesen los campesinos, le abrió un crédito de algunos millones.

Con sólo que enviasen á Versalles sus hombres desmontados los regimientos de caballería, podían estar seguros de hallar allí con qué suplir á todo lo que les hiciese falta; y como el ejército activo debía organizarse entre Lille y París, no necesitaban andar mucho para montarse y equiparse. Napoleón esperaba utilizar de la servidumbre militar del rey licenciada dos ó tres mil caballos, y se proponía además tomar algunos miles á la gendarmería, reembolsando inmediatamente á los

gendarmes el valor de sus monturas. Por último, hizo salir de París á algunos oficiales de caballería para que recorriendo los campos con el dinero en la mano comprasen de diez á quince mil caballos. La experiencia que había adquirido en su marcha desde el golfo Juan á Grenoble le persuadía de que los hallarían con tal de que se presentase en todas partes con el dinero en la mano. Profesaba la máxima de que en los momentos de urgencia sólo la variedad de medios es la que hace salir adelante, porque si no son unos, son otros los que proporcionan las cosas que á toda prisa se deben obtener.

Siendo la artillería el arma que exige más tiempo para ponerse en pie de guerra, aun cuando cuente con todo el material necesario, dispuso que saliera de los arsenales y se repartiese entre los distintos cuerpos de ejército. Quedaba un crecido número de caballos de artillería, restos de nuestro antiguo estado militar, depositados en casa de varios campesinos. Napoleón ordenó que volviesen á los arsenales y que se comprase cuanto fuese necesario para montar una poderosa artillería, que no debía tener menos de tres piezas por cada millar de hombres. Por último decretó la formación en Vincennes de un parque de ciento cincuenta cañones para reorganizar la antigua reserva de la guardia.

Después de haberse ocupado de la formación del ejército, Napoleón consagró su atención á las obras de fortificación. Habiendo podido apreciar por la fatal jornada del 30 de marzo de 1814 el papel que la capital estaba llamada á representar en la defensa del imperio, se hallaba resuelto á rodear á París de fortificaciones tan sólidas como pudieran construirse en tres meses, y á defender estas fortificaciones con una artillería formidable. Conociendo también por experiencia la importancia que era preciso dar, en caso de invasión, á las plazas de La Fere, Soissons, Chateau Thierry, Langres y Belfort, proyectó fortificarlas en proporción del tiempo de que pudiera disponer, y como había otros muchos puntos que podían llegar á ser útiles en un momento dado, creó una comisión de generales para que hicieran un rápido estudio de nuestras fronteras y designaran no solamente las ciudades, sino los pasos de las montañas y de los bosques susceptibles de resistencia. En cuanto á las grandes plazas, consideradas como baluartes del territorio, las mandó reparar, armar, llenar de provisiones, y en una palabra ponerlas en estado de defensa.

En aquella situación la marina no podía ser de ninguna utilidad, porque aun cuando con ella ganasen una batalla naval, esto no ponía á París fuera del alcance del enemigo. Con su acostumbrada fecundidad de ingenio, imaginó Napoleón hacer contribuir la marina á la protección del territorio, lo que debía producir la doble ventaja de proporcionar el pan á los marineros sin empleo á causa de la clausura de los mares, y de utilizar los robustos brazos de sesenta mil hombres tan celosos como valientes. Decidió que con ellos se formaran veinte regimientos bajo las órdenes de oficiales de la armada, que se quedase una parte en el litoral para custodiar los puertos y las costas, y que acudiesen treinta mil á los alrededores de la capital para contribuir á su defensa. Además tenía el proyecto de distribuir algunos miles de artilleros de marina en las fortificaciones de París, confiándoles doscientos ó trescientos cañones de grueso

calibre, que debía mandar traer de Brest, Cherburgo, Dunkerque, y de todos los puntos del litoral.

Todavía faltaba proveer de uniformes y armas á los numerosos soldados llamados á las filas. Uniformarlos era de mucha dificultad á causa del poco tiempo con que se contaba; pero con dinero era posible disminuir esta dificultad. Napoleón llamó á palacio á los contratistas ordinarios del Estado, y mandó que les pagasen en metálico diez y seis millones que se les debían y que la restauración no había aún satisfecho. A este precio, París y las principales ciudades iban á llenarse de talleres extraordinarios, y por medio de una incesante vigilancia se creía poder atender á las más urgentes necesidades. Napoleón no pedía para cada soldado de línea más que un capote, una casaca, un pantalón, y para la milicia nacional adoptó una blusa de uniforme que debía ser muy suficiente en vista del servicio que esta milicia debía prestar en las plazas.

El armamento era mucho más difícil. Napoleón recordaba que en la última campaña habían faltado fusiles, y que por esta causa no habían podido acudir á defender la capital veinte mil hombres de los arrabales. Como ya hemos dicho, esperaba elevar el ejército de línea á trescientos diez mil hombres llamando á los que usaban licencias semestrales y á los desertores de 1814, y á cuatrocientos mil si llamaba á los quintos de 1815. Por último, contaba un suplemento de doscientos mil guardias nacionales, que aumentarían el total de defensores del país hasta el número de seiscientos sesenta mil con los marinos.

Necesitaba, pues, tener al menos seiscientos mil fusiles en los primeros días de junio, época en la que suponía que darían principio las hostilidades. En poder de los soldados y en los diversos depósitos había doscientos mil sobre poco más ó menos; y ciento cincuenta mil nuevos en los almacenes, lo que se debía al duque de Berry, que no había cesado de reclamar y de apresurar la fabricación de armas de fuego: faltábale por conseguirse proporcionarse doscientos cincuenta mil. Los soldados que habían regresado del extranjero habían traído consigo gran número de fusiles que podían servir mediante algunas reparaciones; pero estos fusiles se hallaban diseminados en todas las fronteras, y especialmente en sitios en donde era imposible organizar talleres de reparación.

Napoleón decidió que fueran transportados á París, donde ya había cuarenta mil que componer, pero donde los medios de reparación y de fabricación iban á ser considerables con la creación de nuevos talleres. Repartió los demás entre las plazas fuertes desde Grenoble hasta Estrasburgo y desde Estrasburgo hasta Lille, contando con poder en dos meses reparar doscientos mil y fabricar cincuenta mil. De este modo, creía poder llegar á tener seiscientos mil, los que necesitaba para los hombres que componían sus fuerzas. Su proyecto era que se fabricasen en los seis últimos meses de 1815 lo menos trescientos mil fusiles, á fin de que no le faltasen, y de proveer con ellos nuevos brazos si las circunstancias le obligaban á reclamar su auxilio; pero para realizar este deseo dispuso la creación de talleres extraordinarios en París y en los alrededores, empleando á este fin ebanistas, cerrajeros y hasta relojeros dirigidos por oficiales de artillería. Además hizo que se pagasen á los

fabricantes del Estado un millón ochocientos mil francos que se les quedaban á deber, y puso á su disposición los fondos de que tuviesen necesidad.

Mr. Louis, el hábil ministro de Hacienda de la primera restauración, fué el que, sin saber para quién trabajaba, preparó los recursos financieros de que Napoleón iba á servirse para asegurar la defensa del territorio. Gracias á la paz y al vigoroso sostenimiento de las contribuciones indirectas, Mr. Louis restableció la percepción de los impuestos ordinarios é hizo afluir sus productos al Tesoro. Además, con su exactitud en reconocer las deudas del Estado y con su feliz combinación de los *reconocimientos de liquidación*, se procuró las preciosas facilidades de la deuda flotante, que permiten tomar dinero anticipado sobre las rentas del año y proporcionar de este modo al Tesoro de un gran Estado los medios de disponer de todos sus recursos. Este hábil ministro había dejado al retirarse, además de la percepción regular y fácil de las contribuciones ordinarias, la posibilidad de tomar anticipadamente su producto con la creación de cincuenta ó sesenta millones de bonos del Tesoro. Este recurso, con el de las contribuciones corrientes, bastaba para los primeros meses, porque los gastos no eran en aquella época tan crecidos como después han llegado á ser. Al cabo de tres meses se debía conquistar la paz ó sostener una batalla decisiva, después de la cual, si se vencía, no habría apuros para devolver al presupuesto la porción de renta absorbida con anticipación. Con motivo del rápido y afortunado desarrollo del crédito debido al barón Louis, Mr. Mollién y Mr. de Gaeta encontraron todos los servicios satisfechos al día y facilidades para emplear cincuenta millones más de lo que producían los ingresos corrientes. Esto era todo lo necesario en las manos creadoras y económicas de Napoleón para subvenir á los gastos de los primeros armamentos sin recurrir á medidas extraordinarias y alarmantes (1).

(1) Una de las cosas más difíciles en los tiempos de revolución es lograr que los gobiernos que se suceden sean justos unos con otros, y esta dificultad de suyo inmensa es mayor cuando se trata de cuestiones de hacienda. La calumnia, frecuentemente la más negra, es la única justicia que puede esperarse de ellos. Yo he visto en mis tiempos ejemplos de esto bien extraños, pero ninguno más extraordinario por la prontitud de las represalias que el que ofrecen los años 1814 y 1815. Cuando el barón Louis sucedió á Mr. Mollién y á Mr. de Gaeta, trazó un cuadro poco equitativo de la hacienda imperial y presentó un balance de la situación del Tesoro de los más injustamente cargados. Once meses después debían pagarle en la misma moneda. Durante los Cien-Días se vivió únicamente con los recursos que había creado, pero se guardaron muy bien de reconocerlo. Napoleón en Santa Elena, donde había mostrado por regla general bastante imparcialidad, y donde la hubiera demostrado más aún si su gran talento no hubiera sido dominado por las malas costumbres de la época, Napoleón, hablando con mucha brevedad de la hacienda durante los Cien-Días, dice de paso que el conde Mollién (del que por otra parte hace las mayores alabanzas con justicia), sirviéndose hábilmente de cuarenta millones que el barón Louis empleaba en *agiotaje sobre los reconocimientos de liquidación*, logró satisfacer todas las necesidades extraordinarias del momento. Tal es la manera poco galante y calumniosa con que Napoleón habla de una de las mejores operaciones financieras del siglo. Estos cuarenta millones (Napoleón no dice lo bastante) eran el recurso de la deuda flotante que el barón Louis había proporcionado al Estado, y el pretendido *agiotaje* sobre los reconocimientos de liquidación no era más que un expediente temporal, censurable sin duda en épocas normales, pero necesario en los primeros días del crédito. El barón Louis, al lan-

Gracias á este conjunto de recursos, Napoleón estaba casi seguro de poder poner en algunos meses bajo el pie de guerra á cuatrocientos mil hombres de tropas activas y doscientos mil de tropas de guarnición, unos y otros con el material necesario, y de aumentar sus recursos de acción á medida que la guerra tardase en estallar. En las grandes operaciones administrativas, la previsión sabiendo abarcar el conjunto tan bien como los detalles, no olvidando nada y no apreciando nada; la previsión, repetimos, es la que asegura los resultados en el tiempo algunas veces demasiado corto que puede consagrarse. Cuando no se abarca todo con una sola mirada, cuando no se prevén todos los detalles y se deja al tiempo el cuidado de irlos indicando sucesivamente, entonces es cuando hay exposición de retrasarse, porque las partes no previstas no han sido emprendidas al mismo tiempo que las otras y tienen que quedar aplazadas en el momento de la ejecución, la que se ve frecuentemente detenida por la causa menos importante en apariencia.

Cualquiera que tenga una idea de la administración de los Estados reconocerá fácilmente, por la exposición que acabamos de hacer de los preparativos de Napoleón, que no faltaba ninguno de los detalles de que se compone un vasto armamento, que todos se hallaban previstos, ordenados con resolución, y con una seguridad en la elección de los medios que sólo podía tener el genio más privilegiado, movido por la más privilegiada experiencia. A esto debe añadirse que en la ejecución de estas medidas se tuvieron en cuenta las considera-

raz á la plaza los *reconocimientos de liquidación*, que no eran otra cosa que nuestros bonos del Tesoro, entonces desconocidos, creyó deber sostenerlos, volviéndolos á comprar cuando bajaban de valor, y logró de este modo acreditarlos y mantenerlos muy aproximados del par. Tampoco eran *agiotaje* las compras de los bonos de la caja de amortización que Napoleón hizo más de una vez para sostener el crédito de estos bonos cuando disponía las ventas en gran cantidad de los bienes nacionales y comunales. El barón Louis compró muy pocos *reconocimientos de liquidación* cuando estuvieron acreditados, y respecto de este particular no verificó más que las operaciones indispensables. Hoy que los bonos del Tesoro, gracias á la regularidad de la hacienda, se hallan siempre al nivel del par, no hay para qué recurrir á estos medios, y si circunstancias graves pudieran aminorar el precio de los bonos del Tesoro hasta el punto de perder su nivel con el par, se censuraría al ministro que en vez de realzar su valor con el pago exacto de los bonos caducados, quisiera volver á comprarlos en la plaza á un tipo bajo. Se le consideraría como á un comerciante que comprase su papel en decadencia especulando con su propio descrédito; pero estamos en la época del crédito establecido, y en los tiempos de que hablamos se tocaban las dificultades del crédito por establecer. De todos modos, no hemos apuntado estas reflexiones para sostener verdades reconocidas por todas las inteligencias ilustradas peritas en las cuestiones financieras, sino para demostrar una vez más la justicia con que los hombres se tratan unos á otros, y la justicia de la historia, completamente contraria á la de aquéllos. Los recursos creados por un ministro hábil, y con los cuales vivió Napoleón en 1815, fueron calificados por él de *cantidad reservada para el agiotaje*, y de este modo devolvió la calumnia á los que, diez meses antes, presentaban de su hacienda un triste é injusto cuadro. Sin embargo, llega un día en el que cada cosa, cada hombre ocupa su verdadero puesto, y la historia se considera feliz si en vez de tener que destruir falsas reputaciones ó que fallar condenas aplazadas, tiene que revelar méritos recíprocamente desconocidos. En cuanto á mí, siempre cuidadoso de ser justo, experimento el placer de los jurados que se felicitan al poder librar á los reos en vez de condenarlos, y creo obrar equitativamente con los dos regímenes al decir que el conde Mollión creó el mecanismo del Tesoro y el barón Louis el crédito.

(N. del A.)

ciones de la política. Como hemos visto, la formación inmediata de los cuerpos de ejército, tan esencial para su buena organización, y paliada en todo lo posible con la calificación de *cuerpos de observación*, el llamamiento de los que hacían uso de licencias semestrales, la instantánea creación de los cuartos y quintos batallones, el restablecimiento del depósito de Versalles, el transporte de las armas á los talleres en donde debían ser reparadas, y por último, la formación en el ministerio del Interior de las oficinas que debían organizar la milicia nacional, eran medidas urgentes cuyo planteamiento no debía á ningún precio retardarse; pero gozaban de la ventaja de poder ejecutarse en los primeros momentos con una simple correspondencia administrativa.

Cuando pasados diez ó quince días la situación estuviese más despejada, cuando no hubiera que ocultar la hostilidad declarada de la Europa, cuando fuese necesario noticiarla al país y en vez de temer trastornarle pudiese conmovérselo con los peligros que le amenazaban, llegaría su turno á las demás medidas que era imposible llevar á cabo en secreto, tales como el llamamiento y elección de los antiguos militares desertores, la movilización de la milicia nacional, la decisión del consejo de Estado acerca de los quintos de 1815, las levas de caballos, la creación de talleres extraordinarios, las fortificaciones en torno de París; les llegaría su turno, repetimos, sin que se hubiese perdido un solo día, porque estas medidas no podían plantearse administrativamente sino unas después de otras, y el ruido que entonces hiciesen no ocasionaría inconveniente alguno, puesto que la política, en vez de callarse, exigiría que se hablase muy alto.

Hasta el 24 de marzo, cuatro días después de su entrada en París, no supo Napoleón definitivamente la evacuación del territorio por los Borbones; y el 25, 26 y el 27 del mismo mes fué cuando las resoluciones que hemos indicado quedaron pensadas y transmitidas directamente á los principales jefes de las oficinas del ministerio de la Guerra, antes que el mariscal Davout hubiese podido familiarizarse con los hombres y los asuntos que formaban su ministerio. Pero mientras que el ministro se ponía al corriente, las medidas tomadas para el armamento de la Francia fueron dictadas de modo que no tenía más que ejecutarlas bajo la dirección y vigilancia de su infatigable soberano. Aplicando la misma fuerza de impulsión al ministerio del Interior, Napoleón indicó al ministro Carnot una excelente elección para dirigir las oficinas de la milicia nacional, la del general Mathieu Dumás, que reunía una porción de cualidades militares y civiles perfectamente adaptadas á la doble naturaleza de la milicia que iba á ser encargado de organizar, y ordenó al general Mathieu Dumás que sin ruido, pero sin perder un instante, preparase el trabajo relativo á la movilización de los guardias nacionales. Napoleón se ocupó también de la revisión de los grados militares concedidos por los Borbones, que se habían prodigado demasiado para que fuese posible ratificarlos todos. Expuso acerca de esta cuestión algunos principios seguros y equitativos, y encargó á una comisión de generales que gozaban de la pública confianza la misión de aplicarlos. En cuanto á la cuestión de los mariscales la resolvió por sí mismo. En su decreto de Lyon, que exceptuaba á trece personas del olvido

prometido á los demás, comprendió á los mariscales Marmont y Augereau. Respecto de Augereau, no perseveró en su primitiva idea, porque hallándose de gobernador en Caén acababa de expiar su proclama de Lyon publicando otra de las más violentas contra los Borbones; pero persistió en cuanto al mariscal Marmont y dejó su nombre en el decreto, cuya ejecución por lo demás se hallaba aplazada. Napoleón resolvió borrar de la lista de los mariscales, reservándose pensiones proporcionadas á sus anteriores servicios, á los mariscales Oudinot, Víctor y Saint-Cyr, que habían abrazado apasionadamente la causa de los Borbones. Obrando de este modo, quería menos castigar que crear vacantes para los que se consagraran en adelante á la defensa de la Francia. Otros tres mariscales, Berthier, Soult y Macdonald, se hallaban en una situación poco más ó menos semejante. Napoleón retardó su resolución respecto de ellos. Estaba tan unido á Berthier que le costaba mucho mostrarse severo con este antiguo servidor, y le mandó á decir que olvidaría con gusto sus debilidades de padre de familia bajo la condición de que volviese inmediatamente á París.

En cuanto al mariscal Soult, no le creía inflexible y le suponía muy irritado contra los Borbones, los que después de haberle expuesto á tan extrañas contradicciones le habían recompensado tan mal. Por esta causa no tomó ninguna determinación relativa á él ni tampoco al mariscal Macdonald, cuyo noble carácter había tenido ocasión de apreciar en su justo valor. Su proyecto era atraer uno y otro á París para ofrecerles un empleo con la conservación de todas las dignidades. Respecto de los mariscales Lefebvre, Suchet, Davout, Ney y Mortier, que se habían decidido en favor del imperio, y Massena, de quien no dudaba, ya había empleado á los unos y pensaba emplear á los otros de una manera conforme á sus méritos especiales. Con el mariscal Ney tomó una determinación dictada á la vez por el interés del mariscal y por el del servicio público. Ney experimentaba un verdadero disgusto por la conducta tan contradictoria que había observado en Fontainebleau y en Lons-le-Saulnier, y creía leer en los semblantes de todas las personas que encontraba las reconvenções que había merecido, por más que nadie pronunciase una sola palabra para acusarle. Esta falsa posición agitaba su ánimo y extraviaba su lengua. Buscando en las culpas de los demás la justificación de las suyas, hablaba tan pronto contra los Borbones como contra Napoleón cosas que perjudicaban á su propia dignidad y que podían hacer dificultosa su elección para cualquier empleo. Ahora bien: como Napoleón quería utilizar los servicios del mariscal, decidió alejarle de París, y le comunicó la orden de inspeccionar la frontera desde Dunkerque hasta Basilea, con amplios poderes sobre las autoridades civiles y militares, y la expresa recomendación de informar acerca de todo lo que interesase á la defensa del territorio y á la organización del ejército. Ney, á pesar de sus defectos de carácter, poseía una gran sagacidad para el desempeño de los asuntos militares, y sus servicios en la frontera podían ser de mucha utilidad mientras que en París hubiera sido tan perjudicial para sí como para el gobierno.

Las diversas disposiciones relativas al armamento general de la Francia fueron, como hemos dicho, conce-

bidas y comunicadas desde el 25 al 27 de marzo. Durante este tiempo, se recibieron frecuentes noticias del Mediodía del imperio. Napoleón supo que los ánimos se inclinaban en el Oeste á la sumisión, siquiera fuese momentáneamente; pero en cambio los realistas hacían algunos progresos en el Mediodía, sobre todo en Marsella y Lyon. Por más que esta actitud no le alarmase, deseaba poner fin á estas demostraciones que podían ofrecer obstáculos á sus preparativos de guerra, y ordenó al general Morand que hiciese descender dos columnas movilizadas á lo largo del Loira, la una por la orilla izquierda, la otra por la derecha; que formase cada una de ellas con un regimiento de infantería y dos de caballería, y que reprimiese sin conmiseración cualquier movimiento insurreccional. Le prescribió igualmente que enviase tres regimientos de infantería del litoral al general Clausel para ayudarle á someter la ciudad de Burdeos. Después llamó al general Grouchy, que se había disgustado públicamente con los Borbones á causa de la dignidad de los coroneles generales, traspasada á los príncipes de la sangre, y le mandó que se dirigiese á Lyon para reprimir las tentativas del duque de Angulema. Le encomendó que obrase con rigor y prontitud, pero tratando siempre al príncipe con ciertos miramientos que contrastasen con la conducta de los Borbones para con él. «Y si el príncipe cae en mi poder, le preguntó el general, ¿qué haré con él?—Prenderle y respetar su persona, dijo Napoleón, porque quiero que la Europa comprenda la diferencia que hay entre yo y los *bandidos coronados que ponen precio á mi cabeza*.» Estas palabras se referían á la declaración del 13 de marzo hecha en nombre de los soberanos reunidos en Viena, y demostraban la irritación que este acto del congreso había causado en su alma. Napoleón guardó silencio un instante, y pareciendo reflexionar de nuevo en sus resoluciones añadió: «Acaso con ese príncipe podríamos conseguir el medio de hacer un canje con las cortes extranjeras y entregarle para que me devolviesen á mi hijo y mi mujer.» Pero renunciando á esta idea con la seguridad de que no juzgarían al duque de Angulema digno de semejante cambio, Napoleón volvió á adoptar sus primeras resoluciones. «Echad al príncipe, dijo, fuera del territorio; guardadle las mayores atenciones si le prendéis; escribidme inmediatamente en este caso, y le despediremos sano y salvo, exigiendo, sin embargo, que nos restituyan los diamantes de la corona que se hallaban en mi poder hace un año, que me apresuré á devolver y que no pertenecen á Luis XVIII ni á mí, sino á la Francia.»

Pronunciadas estas palabras, Napoleón dió al general Grouchy la orden de partir sin perder un momento, y aun cuando no desconfiase de su lealtad hizo que le acompañase uno de sus ayudantes de campo, de cuyo vigor, honradez é inteligencia estaba segurísimo, el general Corbineau, y encargó á éste que no se separase del general Grouchy, á fin de impulsarle ó contenerle, según lo reclamasen las circunstancias. Al mismo tiempo dispuso que saliera en posta una de las divisiones del 6.º cuerpo, ya organizada por el conde de Lobau, y excelente sobre todo para ser empleada en el Mediodía, porque se hallaba formada con los regimientos que se habían pronunciado con mayor entusiasmo en favor del imperio; es decir, el 7.º de línea (regimiento de La Bedoyere), el 20 y el 24 (regimientos de la guarnición

de Lyon), y por último el 14 (que había salido al encuentro de Napoleón en Fontainebleau y Auxerre). Estos cuatro regimientos bastaban para dispersar á los insurrectos del Mediodía, y una vez terminada esta misión debían servir de base al 7.º cuerpo destinado á custodiar los Alpes.

Las medidas militares no ocupaban exclusivamente la atención de Napoleón. Necesitaba dedicarse también á la política interior y explicar la conducta reservada que para con la Francia observaba el gobierno. Ya en la revista del 21 y otra ú otras dos que sucedieron á la primera, había hablado á las tropas con un lenguaje conforme á las palabras que había dicho en Grenoble, en Lyon y en Auxerre. Había venido, según sus manifestaciones, á levantar del suelo la gloria nacional, á poner en vigor los principios de 1789 y á dar á la Francia toda la libertad de que era merecedora. Estas profesiones de fe comunicadas á algunas municipalidades, á algunos regimientos, debían ser repetidas á las autoridades superiores, es decir, á los altos cuerpos del Estado, y de un modo bastante para precisar los compromisos que contraía con la Francia.

Napoleón designó el domingo 26 de marzo para recibir á los altos cuerpos del Estado, para oírlos y para contestarles con un lenguaje de acuerdo con el suyo; pero la misma víspera de este día quiso hablar á los ánimos con una muestra patente que revelase claramente las nuevas disposiciones que le animaban.

Ningún gobierno había comprimido más que el suyo la manifestación de la opinión pública; en los primeros tiempos de su reinado, á causa de la admiración que inspiraba y que no dejaba á nadie juzgarle libremente; y en los últimos con una policía inexorable, que no consentía en los periódicos ni en los libros la expresión de otro pensamiento que el del mismo poder. Pero al fin de su reinado comprendió Napoleón los inconvenientes de este régimen opresivo y los hizo notar más de una vez al duque de Rovigo, ministro de la Policía, quien por su parte los reconoció y confesó. El principal, pero no el único de estos inconvenientes, era la desconfianza, tan excesiva que no se daba fe á las palabras del gobierno aunque dijese la verdad. Al tratarse de los sucesos de la guerra, por ejemplo, la incredulidad respecto de la autoridad francesa se cambió en verdadera credulidad del extranjero, y negándose el público absolutamente á creer en nuestros boletines, creía ciegamente en los del enemigo, cien veces más engañosos que los nuestros. Profundamente afectado con esta falta de fe en la nación, escribió Napoleón al duque de Rovigo en 1813: «Nadie nos cree ya, no debemos hablar en nuestro nombre; pero al hacer que otros hablen por nosotros, es preciso decir toda la verdad, porque sólo ella puede salvarnos.» Con efecto, Napoleón renunció á redactar boletines en 1813 y 1814, limitándose á insertar en el *Monitor* artículos que empezaban con esta fórmula: *Nos escriben del ejército...*

Esta cruel experiencia abrió mucho los ojos de Napoleón respecto de la libertad de la prensa; pero con todo si le hubieran propuesto en 1813 ó en 1814 exponerse de buen grado á la violencia de la prensa, violencia muy terrible al hacerla pasar bruscamente de la opresión á la libertad sin límites, se hubiera de seguro negado á adoptar esta medida como se niega uno á pasar

una existencia de sufrimiento cuya necesidad inmediata no está probada. Pero volvía de la isla de Elba, donde había sufrido durante un año el terrible desbordamiento de los periódicos de toda la Europa, y después de haber soportado esta prueba nada podía temer, porque, como él con mucho ingenio hacía notar, *nada más podían decir respecto de él mientras que quedaba mucho que hablar de sus adversarios.*

Sin desconocer los inconvenientes de la libertad de la prensa, estaba convencido de su necesidad por su doble experiencia de soberano y de proscrito. Pero un motivo más poderoso todavía le impulsaba á concederla, motivo que relativamente á la política interior debía dictar su conducta en lo sucesivo; tal era la necesidad de hacer en cada cosa lo contrario de lo que los Borbones habían hecho. Para justificar su venida á ocupar su puesto corriendo el riesgo de una guerra desastrosa, no tenía más remedio que manifestarse en todo su antagonista y su correctivo. Así, pues, ellos no se habían cuidado de la gloria de la Francia, y era preciso exaltarla más que nunca; ellos habían alarmado los intereses hijos de la revolución, y era preciso declarar sin perder un instante que estos intereses eran sagrados; ellos habían otorgado la libertad, titubeando y concediéndola con muchas restricciones, y era preciso hacerla franca, completa, sin reserva, con muestras de seguridad y de tranquilidad, arrojando todas las consecuencias, porque peor sería dar motivo para que se dijese que obraba como los Borbones, no mereciendo entonces su reemplazo que se expusiese á la Francia á una revolución, y, lo que aún era más grave, á una guerra general. Particularmente la censura había parecido una falta de fe en el cumplimiento de la Carta, y un contrasentido completo con el sistema de gobierno que estaba destinada á inaugurar. Napoleón, en vista de esto, resolvió abolirla, y al efecto publicó un simple decreto en el *Monitor*.

Sin embargo, tomó ciertas precauciones de policía que las leyes han consagrado más tarde como prudentes y necesarias. Exigió á cada periódico que designase un personaje principal que respondiese de sus escritos, al que después se llamó *editor responsable*. Mr. Fouché fué quien ideó esta precaución, porque en su persuasión vanidosa de hacer con los hombres cuanto quería, creyó al dar á los periódicos una personalidad tenerlos todos á su disposición. Napoleón apenas dió fe á esta creencia, pero se decidió á probar los resultados de la citada medida, y el 25 de marzo anunció el *Monitor* la abolición de la censura.

Al tratar de recibir á los altos cuerpos del Estado, no podía Napoleón comprender entre ellos á las dos cámaras disueltas por los decretos publicados en Lyon; y suplió esta falta con los ministros formados en corporación (lo que les daba una importancia que hasta entonces no habían tenido) con el consejo de Estado, el tribunal de casación, el de cuentas, el supremo, etc. El príncipe Cambacéres hablando en nombre de los ministros contrajo todos los compromisos que podían desearse por parte de los depositarios del poder ejecutivo. Después de felicitar al monarca que la Providencia les había dado dos veces, la primera para salvar á la Francia de la anarquía, la segunda para librarla de la contrarrevolución, el príncipe Cambacéres resumió como sigue los principios del poder ejecutivo: «*Ya Vuestra Majestad*

*ha trazado á sus ministros la senda que deben seguir, y ha dado á conocer á todos los pueblos con sus proclamas las máximas con que desea que su imperio sea gobernado en lo sucesivo.* Los Borbones prometieron olvidar el pasado y no han cumplido su palabra: Vuestra Majestad cumplirá la suya, olvidará las violencias de los partidos, y no se acordará más que de los servicios prestados á la patria. Olvidará también que hemos sido dueños del mundo y no trará la guerra más que para rechazar cualquier agresión injusta. No quiere ya medidas arbitrarias, sino el respeto de las personas, el respeto de las propiedades, la libre circulación del pensamiento, y nos consideraremos muy dichosos al secundarle en la realización de estos deseos, que le conquistarán la mayor y más dulce de todas las glorias.»

Mientras llegaba la garantía de las instituciones, siempre la más segura, no podía pedirse al gobierno un lenguaje mejor. *Los sentimientos que manifestáis son los míos,* respondió Napoleón, y después recibió al consejo de Estado.

Este cuerpo se había propuesto establecer los principios en virtud de los cuales volvía á reinar Napoleón, y en virtud de los cuales también no titubeaba en volver á desempeñar sus funciones el consejo de Estado, como si nada hubiera pasado desde abril de 1814 hasta marzo de 1815.

He aquí cuáles eran sus argumentos.

La Francia en 1789 había abolido la monarquía feudal y la había reemplazado con la monarquía representativa, fundada sobre la igualdad de los derechos y la justa intervención de los ciudadanos en el gobierno del Estado.

Los Borbones en 1790 habían fingido someterse á los nuevos principios proclamados por la nación, y no tardaron con su sorda resistencia en provocar y merecer su caída, confirmada por una serie de decisiones nacionales.

En el año VIII y el año X, después de largas y crueles agitaciones, la Francia confió la misión de gobernarla á Napoleón Bonaparte, ya coronado por la victoria, y puso en su mano sus destinos dándole sucesivamente los títulos de primer cónsul y de emperador. El pueblo confirmó dos veces con sus votos estas delegaciones de su soberanía.

En 1814, las potencias coligadas, aprovechando un momento de desgracia, penetraron en nuestra capital, y el senado encargado de defender las constituciones nacionales, apoyado por el extranjero, abolió el imperio y llamó al trono á Luis Estanislao Javier. Obrando de este modo, este cuerpo hizo lo que en derecho no podía hacer; pero al llamar al heredero de los Borbones le impuso una condición expresa, la de que aceptaría una constitución que conservase y custodiase en parte los derechos de la nación, antes de volver á sentarse en el trono.

Luis XVIII no había ni tan siquiera observado esta condición fundamental, porque entrando en París bajo la protección de las bayonetas extranjeras fechó sus actos en el décimonono año de su reinado, y de este modo declaró nulos todos los anteriores de la nación. Dió una constitución imperfecta y más imperfecta aún en su ejecución; humilló la gloria de la Francia, favoreció las pretensiones de la antigua nobleza, consintió que

se pusiesen en tela de juicio las propiedades llamadas nacionales, privó de su dotación á la Legión de Honor, quitó valor á sus insignias prodigándolas, y en una palabra, puso en peligro todo lo que la revolución había consagrado.

Debía, pues, considerarse como nulo en principio y malo de hecho todas cuantas medidas se habían dictado desde 1814, porque el senado carecía de derecho para abolir el imperio, y suponiendo que lo hubiera tenido, Luis XVIII no había llenado la obligación que se le había impuesto antes de sentarse en él. Por último, la conducta de este gobierno de emigrados había correspondido á la ilegitimidad de su origen.

Napoleón al volver milagrosamente de su destierro, y al ser acogido á su paso por las aclamaciones del pueblo y del ejército, *había restablecido en la nación sus más sagrados derechos,* y sólo él era legítimo, porque no hay nada más legítimo que el poder conferido por la nación.

Sin embargo, el tiempo y los deseos unánimes de la Francia habían indicado modificaciones necesarias en las instituciones del primer imperio, y Napoleón se había comprometido á llevar á cabo estas modificaciones. Este compromiso debía cumplirlo, y además haría que una gran asamblea de la nación, convocada para el mes de mayo, confirmase las modificaciones prometidas. Entretanto, necesitaba ejercer y hacer ejercer el poder con arreglo á las leyes existentes, y el consejo de Estado, encargado por él en otro tiempo de vigilar la aplicación de estas leyes, acudía á prestarle su concurso leal y constitucional.

Thibaudeau, sucesivamente convencional y prefecto, fué quien prestó su pluma á esta lógica contundente pero artificial, y á la cual no había casi nada que responder, si se funda la legitimidad de los gobiernos en ciertas condiciones de origen y no en su forma y en su conducta. Los gobiernos son efectivamente hijos de los azares de las revoluciones, y es difícil consignar en qué circunstancias puede su origen hacerlos legítimos. Unas veces nacen de una conmoción popular, otras de la victoria, otras de la derrota y en ciertas ocasiones de la reacción de una nación desengañada de una antigua dinastía que comunes desgracias la han impulsado á echar de menos, y siempre es necesario soportarlos, porque los impone la necesidad; estos gobiernos tienen la pretensión de ser los únicos legítimos, y para probarlo alegan teorías que unos sostienen y otros combaten, teorías que discutirá el mundo eternamente. Sin negar cuanto tienen de respetable, de augusto, de sólido, los títulos para reinar basados en una larga transmisión hereditaria, diremos, sin embargo, que en el concepto de las personas de buen criterio los gobiernos siempre necesarios en el primer momento de su elección, llegan á ser legítimos con el tiempo, cuando la nación que los ha nombrado, encontrando su forma adaptada á sus costumbres y á sus luces, y su conducta conforme con sus intereses, los sostiene con un asentimiento duradero, producto de una larga reflexión. Tal es la legitimidad, sino dogmática, al menos práctica, la más formal de todas, porque un gobierno, aunque sea proclamado por la nación entera, hombres, mujeres, niños, ancianos depositando su voto en las alcaldías y notarías, ó descienda del monte Sinaí sin interrupción de sucesión, no tiene razón de ser si maltrata las creencias, el honor,